

MIÉRCOLES SANTO

Mt 26, 14-25

El Evangelio de hoy es muy profundo y simbólico. Nos invita a preguntarnos sobre aquellas veces en las que hemos entregado o traicionado... Aquellas veces en las que Judas no parece ser tan distinto a nosotros, con nuestras grandes o pequeñas traiciones. Aunque a veces nos cueste incluso verlas.

¿Cuándo he prometido algo que no hice realidad porque me ganó mi propia fragilidad, mi debilidad, mi inseguridad, la búsqueda de mis intereses? ¿Cuántas veces he cometido yo injusticias, traiciones, guerras?

Jesús hace esa cena como símbolo de amistad, aún sabiendo que alguno de ellos lo entregaría; es un símbolo del amor y la comprensión que Jesús tiene con nuestras propias elecciones. Es la certeza de que el proceso de cada uno, toma el rumbo correcto con cada elección que tomamos desde la libertad.

Jesús se siente desconcertado y triste porque uno de sus más grandes amigos, de los más cercanos; de los más amados, será quién va a entregarlo. Sin embargo, lo que parece un “fracaso” es también el reflejo del amor profundo y misericordioso de Dios. Aquel amor que no deja de apostar todo por nosotros y que no “perdemos” por tomar decisiones erróneas.

Dejémonos siempre acompañar por Él para seguir Su ejemplo de amor. El que no deja de amar aún en las más duras circunstancias. Pidámosle hoy, como lo hacía Enrique de Ossó: “aumenta mi amor, Jesús mío”

Nayibe Dergal, MTA México